

ESTUDIOS DE VIAGES.



Una vista del Tirol.



## LAS TRES TORRES.

Ese hermoso grupo de rocas ha sido dibujado cerca de un puentecito situado á alguna distancia de la posada de Landro ó de Hoehlenstein, sobre el camino de Ampezzo en el Pusterthal, uno de los principales valles del Tirol. La forma de estas tres agujas, que se descubren á un lado y á otro á grandes distancias, las ha hecho dar diferentes nombres segun las aldeas que se atraviesan y el capricho de los habitantes. Aquí son tres fortalezas donde se hallan encerradas hace mas de diez siglos las sombras de los tres viejos barones crueles: allí tres castillos donde duermen tres lindas castellanas, y cuyas puertas y ventanas han sido cerradas por encantadores: en otra parte, por último, tres masas informes dispuestas á convertirse en catedrales resplandecientes de luces á la señal dada por la blanca mano de una santa que se está aguardando siempre. La comarca está además llena de monumentos naturales, que son el origen de una multitud de tradiciones no menos extraordinarias. La posada de Hoehlenstein, por ejemplo, se alza á la estremidad de una pradera que rodean curiosas montañas de dolomia (roca compuesta de carbonato de cal y de magnesia); la una de ellas, la cristalina, de un aspecto mas trasparente que las otras, presta asunto á tres ó cuatro cuentos que no sentarian mal á las mas divertidas colecciones de nuestros cuentos de brujas. El valle de Pusterthal no es, sin embargo, tan pintoresco como el Inthal, el Etschtal ó el Stubbital. Para admirarlo sin reserva es preciso atravesar el primero viniendo de la Italia por Treviso; prepara maravillosamente á contemplar las magnificencias del Tirol, del Oeste y

del Norte. De Brixen puede á su arbitrio dirigirse uno hácia Meran por Botzen, ó hácia Inspruck por Stertin. Cualquiera camino que se prefiera, se llega á ver espectáculos cuya salvaje grandeza no cansa la admiracion. No hay duda de que el Tirol no presenta á los viajeros tan variados paisajes como la Suiza; está, por decirlo así, erizado por todas partes de altas y formidables montañas; reunidos sus valles no igualarian á la décima parte de su superficie; empero precisamente á esta conformacion debe el conservar mas fielmente sus antiguas costumbres y sus viejas tradiciones. Jamás sus habitantes se han alistado al servicio de los extranjeros, y sus aldeas no parecen dispuestas á convertirse en posadas inglesas. Es probable que aun tardarán los caminos de hierro algunos siglos en escalar aquellas elevadas cimas que no se encuentran colocadas sobre los grandes caminos de la industria. Es, pues, un país de reserva para los que el amor á la soledad y á la novedad hace salir todos los veranos de las Babilonias de la civilizacion.

Cuando el Tirol se vea invadido, habrá que tomar entonces el partido de ir hasta el Himalaya ó al centro de Africa. En cuanto á la suerte que espera al mundo y á sus paisajes, cuando no se pueda recorrer un kilómetro sobre cualquier parte de la tierra que sea, sin encontrar una locomotora ó una familia inglesa, es cosa que no está en nuestro poder el imaginar, ni menos decir á nuestras lindas lectoras del Museo. Es indudable que los viajes en caminos de hierro matan el genio observador del viajero, y hacen que pasen desapercibidos y sin poderse contemplar puntos y deliciosos sitios que antes eran objeto ellos solos de viajes y constantes observaciones.

FERNANDO BELTRAN.

## ESTUDIOS MORALES.

### FEDERICO O EL JOVEN BATELERO

Cuando se hablaba á Bernardino de Saint-Pierre de la desmoralizacion de las clases obreras de su época, tenia costumbre de replicar:

—¡Conservad el amor á la familia y nada se habrá perdido!

Y efectivamente, en él se encuentra el medio mas seguro de la regeneracion. El obrero que ama á aquellos de quienes es el apoyo, quiere su felicidad, y encuentra en ese deseo el ánimo de que necesita contra los obstáculos exteriores y contra si mismo. Al punto se establece entre los miembros de esas familias pobres, pero unidas por el afecto, un cambio mútuo de servicios que estrecha los lazos y alivia la pena. El ejemplo del orden y del trabajo, no tarda en crear el gusto de los niños; cesan de ser una carga, para convertirse en un auxilio. Sus cortas ganancias, unidas á las de los padres, proporcionan el bienestar en la familia mientras que su presencia en ella mantiene

la alegría. Preguntábamos un dia á un obrero que habíamos conocido muy aficionado á cazar con liga y con reclamo, por qué estaba vacío el jaulon de sus gilgueros.

—No tengo ya necesidad de oír cantar pájaros, nos respondió; ahora tengo hijos.

Palabras interesantes y encantadoras, que nunca hemos olvidado. Porque en efecto, en las familias unidas, son los hijos los verdaderos mensajeros de alegría; reemplazan con ventaja á los pájaros, las flores y el sol!

¡Y qué felicidad para ellos poderse mostrar desde pequeños, los asociados útiles del hogar! ¡qué admirable aprendizaje de la vida! ¡con qué apresuramiento irán el dia de cobrar á llevar á sus padres el salario de su trabajo de la semana! ¡cuán orgullosa estará la niña de poder presentar todo lo que es suyo sobre las rodillas de su madre, mientras su hermano mayor enseñará triunfante lo que lleva, y el mas pequeño, con mas lentitud, llegará el último contando su jornal para ver si está justo!

Para venir en apoyo de estas reflexiones, tan importantes para la dicha y tranquilidad de todos, es por lo que acabamos de extraer una encantadora novela (com-



pletamente inédita en España) escrita por Mistress Becheer-Stowe, célebre autora de *la Chozza de Tom*.

## I.

En un barrio de la pequeña ciudad de Toledo, estado del Ohio, veíase no ha mucho una casita de un solo piso, edificada con una modestia sencilla, que al primer golpe de vista la daba un aspecto muy semejante á una docena de casas inmediatas, habitadas por gentes miserables. Mas al momento su aspecto de limpieza, de calma y de tranquilidad, la hacia distinguir de las demas. La reducida cerca, que estaba frente á la puerta, en lugar de servir para tener á los cerdos, y ser un receptáculo de estiércol é inmundicia, despues de haber sido espurgado de las malas yerbas que crecian en él, se presentaba cavado con esmero, limpio, lleno de flores y rodeado de un lindo emparrado. La campanula color de escarlata trepaba arrollándose en sus mohosas barras, ocultándose su antigüedad bajo el resplandeciente manto de su follage verde ó carmesí, y las clemátides y enredaderas, con la diversidad de sus colores y la coqueteria de sus entrelazados tallos, atraian las miradas cautivándolas.

Si en la parte occidental de la América veis una mansion semejante á la que acaba de presentarse á vuestra vista, ¿no sabeis intuitivamente lo que encontrareis en lo interior? ¿No os parece ver el piso de la sala entapizado con una arena fina y lustrosa? ¿No os figurais que os reciben afectuosamente muebles perfectamente pulimentados, y cortinas de muselina blanca como la nieve?

Al menos allí, esa era la imagen del interior de la casita. Veíase allí en primer lugar un antiguo libro de familia, llevado á aquel sitio de las salvages montañas de New-Hamp-Shire; á la mitad se encontraba consignado en una hoja el matrimonio de James Sandford con Mary Iroiney;—en seguida, ¡ay! venia otra nota, trazada por una temblorosa mano, que hacia mencion de la muerte de James Sandford, en Toledo. Y aquella jóven de tez pálida, de delgado y flexible talle, cuyos ojos azules espresaban la calma, la bondad y la resignacion de una alma piadosa, era no ha mucho la viva, pero al mismo tiempo, la altiva, la enérgica doncella del Hampshire. Habia abandonado su pais natal en compañía de un marido de corazon fuerte, de inteligencia desarrollada. Era vigoroso, ardiente, emprendedor..... Ella, cuidadosa, prudente, juiciosa, maravillosamente mañosa para toda clase de obra de aguja.—Fácilmente se ingeniaba él para adquirir, no tenia ella menos habilidad para conservar. Sus cualidades respectivas componian toda su fortuna y la voz pública decia muy alto que Sandford habia nacido para sobresalir; Mary saboreaba con orgullo sus elogios en el fondo de su corazon. Mas ¡ay! aquel ardiente y apasionado corazon de la jóven, esa mano vigorosa, y esa imaginacion ingeniosa y privilegiada del jóven fueron paralizadas de repente..... Dos semanas de padecerse la fiebre en el pais, bastaron para verificar aquel repentino cambio.

Pero Mary sobrevivió. Héla allí hoy con un niño á algunos meses, al que amamanta, y un muchacho de seis años, de cabellos y ojos castaños, colocado ante ella. Este será el héroe de nuestra historia.

¡Ah! ¡la muerte y el dolor son maestros preciosos! ¡Qué

de ideas surgieron del cerebro de aquel niño, á presencia de su padre inmóvil en su lecho, á la vista del dolor tranquilo y profundo de su madre, que se manifestaba de vez en cuando por suspiros y lágrimas!

El niño interrumpió repentinamente aquel sombrío silencio, exclamando:

—¡Oh mamá, no lloréis así; os quedo yo para cuidaros! ¡Día y noche oro por vos, querida mamá!

Y Mary, al oír aquellas palabras que salian del corazon, hallaba un consuelo á sus lágrimas, y mirándose con complacencia en los grandes ojos de Federico, brillantes con el fuego de la piedad filial, conocia que la plegaria de su pequeñuelo no se elevaba en vano hacia Dios; porque dice nuestro Señor Jesucristo: «Los ángeles contemplan siempre la faz de mi padre, que está en el cielo.»

Pasados algunos dias, y ya mas tranquila, comenzó Mary á examinar de frente su situacion, como animosa y digna muger que era. Reducida á sus solas fuerzas, no podia ejecutar los planes que no hacia mucho formaba, cuando podia contar con el concurso de su marido. Mas ahora se encontraba viuda y con dos hijos; era preciso multiplicar sus *facultades*, como dice el viejo Yankee (1). Así que alternativamente era costurera primorosa ó buena lavandera. Los elegantes de Toledo se estasiaban ante sus camisas de una blancura como la nieve, y sus pecheras plegadas con una uniformidad y un gusto incomparable. Su niñita de cinco meses estaba vestida con una limpieza minuciosa, y su aspecto, sencillo y modesto, revelaba la solicitud y la buena imaginacion de la madre. En cuanto á Federico, era el mas lindo, el mas apto y travieso de todos los niños de Toledo, los cuales, por otra parte, reconocian unánimemente su superioridad. Sin embargo, no por eso era orgulloso. En la casa se encargaba de retorcer la ropa mojada y tenderla. Tambien era él quien de día y de noche cuidaba á su hermanita, y buscaba mil medios de divertirla y distraerla. Un día, trabajó su ingenio hasta el punto de convertir un cajon viejo en una elegante locomotora, en la que llevaba arrastrando triunfalmente á Jenny, loca de alegría. En la mesa reemplazaba á su padre, y recitaba el *Benedicite* y daba gracias con sus manitas juntas y un aspecto grave y respetuoso. Su madre se unia de corazon á sus oraciones, y respondia mentalmente *amen*. Tenia Federico igualmente mucha habilidad en aserrar ó partir leña con limpieza, moviendo sus brazos á compás, y sin cuidarse de la desproporcion que existia entre su pequeña estatura y la gran sierra ó enorme hacha que manejaba. Hacia todos los encargos, todos los recados, todas las compras con un aire importante de atareado, que causaba la admiracion general. En fin, conocia perfectamente el precio de los comestibles y toda clase de géneros: no le hubieran engañado en un ochavo en la manteca, los huevos, el tocino, las camuesas cocidas, etc.; porque, como decia un día la frutera de donde se servia su madre:

—Bien ladino ha de ser quien se la quiera pegar.

En las largas veladas del invierno, despues que la niña se habia acostado, Federico y su madre se encontraban reunidos en la intimidad de la soledad. Sentado cerca de su madre, con una pizarra en la mano, el jóven Sand-

(1) Americano aborigene.



fórd se aplicaba haciendo números y letras, ó descansaba leyendo un capítulo de Historia sagrada, y á esto seguía siempre una breve conversacion, toda de expansion y ternura; la madre y el hijo hacían planes para el porvenir, y santificaban en seguida con la oracion el descanso que iban á disfrutar; y cuando antes de retirarse se arrodillaba aquella tierna madre junto al lecho de Federico para orar allí en alta voz, el niño derramaba un torrente de lágrimas, cediendo á una emocion estraña, de que no podía darse cuenta. Es que en el acento de una ferviente plegaria hay algo que conmueve el corazon, aun antes de ser comprendida. Las santas entonaciones de esa plegaria, son una especie de música celeste, y cuando algun suceso de la vida recuerda al hombre extraviado por sus pasiones la oracion de su madre, se conmueve hasta derramar lágrimas.

Así pasaron los primeros años de Federico. Su hermanita, por el contrario, luego que creció lo bastante para correr por toda la casa, demostró una imaginacion espantosamente organizada para el mal. Ella era la que, despues de haber volcado una cesta llena de ropa blanca, vertía encima, impávida, un cántaro lleno de melaza; tambien era la que, con increíbles esfuerzos, conseguía verter un cubo lleno de agua, que por olvido se habían dejado á su alcance. Y aun era ella la que sumergía al corpulento y manso Mimí en una artesa, en la que le condenaba á tomar á la fuerza un baño; en fin, indefectiblemente era ella la que limpiaba el suelo con la ropa blanca mas fina de su madre, acabada de repasar, y tartamudeaba en el lenguaje mas babilónico la justificacion ó la explicacion de esas diabluras demasiado repetidas. Todos los días la pobre madre decia que era absolutamente preciso hacer entrar en orden á aquella niña; pero la picara no hacia caso ni oía nada; y si la hablábais con gravedad, si pronunciábais las palabras respetables de justicia distributiva, de obediencia y desobediencia, se echaba á reir como una loca, y Mad. Sandford y su hijo, que acababan de hacerle ver las fatales consecuencias de sus hazañas, eran arrastrados desgraciadamente por aquel funesto ejemplo, y reían tambien.

Mas los años, en su curso uniforme, llevaban consigo nuevos motivos de penas é inquietudes; Federico crecía notablemente y sus fuerzas correspondían á su estatura, al paso que la salud de su pobre madre, todo al contrario, iba disminuyendo por grados. Algunas veces se pasaba una semana sin poder dejar el lecho, y cuando se levantaba, tenía el frío de la fiebre; despues ¡ay! para colmo de tormentos, los comestibles se consumían con una rapidez alarmante, y los vestidos se gastaban demasiado pronto. Así, á pesar de la habilidad de sus manos en los diversos trabajos de aguja, y su notable destreza para la confeccion de todo objeto de adorno, mistress Sandford no pudo menos de conocer que sus queridos hijos tenían realmente el aspecto de mendigos. Al mismo tiempo vecinos muy caritativos deslizaban en su oído que muy pronto iba á ser tiempo de ocuparse seriamente de su hijo; que empezaba á estar en edad de ganarse la vida.

La misma idea había ocurrido ya á Federico, y he aquí por qué circunstancia.

Paseándose un día á lo largo del canal, absorto en su admiracion por los caballos que arrastraban la lancha con

una cuerda atada á su ancho petral, porque Federico tenía á esa clase de animales una aficion que hubiera pasado un día entero montado en ellos, encontró al capitán W... á quien chocó el aire listo y desembarazado del niño, y la vivacidad de sus gestos y movimientos. Al punto pensó en alistarle entre la gente del barco. En cuanto pronunció las primeras palabras de su proposicion, vió el capitán que no tenía que temer una negativa; no faltaba á Federico para poner manos á la obra mas que el consentimiento de su madre.

Mary acogió con lágrimas aquella proposicion. En vano afirmó Federico con un ardor persuasivo que su conducta sería ejemplar, y que llegaría á ser el modelo de los hijos prudentes y razonables; aquella elocuencia solemna no hizo mas que aumentar el dolor de la pobre muger que no podía acostumbrarse á la idea de separarse de su hijo.

Cada vez que aquella afligida madre dirigía la vista hacia el lecho de su hijo, junto al que había hecho tantas y tan fervientes plegarias, se le ocurrían ideas dulces, inocentes, santas.... Veía de nuevo su hijo, con sus megillas sonrosadas, sus largas pestañas negras velando sus ojos, durmiendo con el tranquilo sueño de la inocencia.... Mas de repente un pensamiento muy distinto, lacera su corazon; se estremece; ha visto á su querido hijo sobre el buque, en medio de groseros bateleros, llenos de vino, jurando, mascando tabaco á su sabor, embriagándose con aguardiente ó whisky, en fin, con todos los hábitos que conducen al mal.—¡Ah, desventurada! tendrás jamás valor para separar de tu seno á tu querido hijo y arrojarlo en medio de aquella asquerosa turba! Cuántas gracias no debeis dar á Dios, vos, madre mas afortunada, que podéis conservar á vuestro hijo al lado de vuestro corazon, hasta que tenga bastante edad para arrostrar los vendavales de la vida. No, no es por las comodidades y las diversiones que ofrecen el bienestar ó la fortuna por lo que la madre debe á Dios sus acciones de gracias, sino que, cualquiera que sea la condicion en que esté colocada, le debe reconocimiento eterno porque le permite dirigir los primeros pasos de su hijo en la carrera que al fin debe seguir; de que pueda, á medida que se verifica su desarrollo físico y moral, guiarle, velar por él, defenderle en una palabra.

Mas la necesidad, con su voz terrible, gritaba á mistress Sandford que era preciso someterse á su ley. Profundamente afligida, pero siempre llena de confianza en Dios, se resignó la pobre madre á hacer el pequeño hatillo de su hijo, y en el momento de la separacion, le repitió con mas interés que nunca, los consejos y advertencias que le daba todos los días.

Federico estaba radiante por el contrario: tenía esperanza y confianza completa. Los recelos de su madre le hacían sonreír, porque estaba perfectamente convencido de que jamás dejaría de ser un hombre honrado; que ni siquiera proferiría nunca juramentos ni blasfemias. En fin, tenía tambien seguridad de no beber ni aguardiente, ni ninguna especie de licor espirituoso. Por otra parte, la perspectiva era risueña: los caballos, á que tan aficionado era, serían su cabalgadura cotidiana durante el día, y hasta todo el año; luego, á la noche llevaría á su madre el jornal diario. Todo esto era claro, evidente, indudable; así que no dejó de hacerlo valer á la hora de su partida.



En América, se mira generalmente como un deber sagrado dar un buen alimento y cama á los obreros y jornaleros de cualquier categoría que sean, y es muy raro que se los abrumen á trabajar. La inquietud de una madre no tiene por que alarmarse en este punto.

Sin embargo, Federico no tardó en ver que su trabajo se diferenciaba mucho de los paseos á caballo y de los ejercicios de picadero que había soñado su joven imaginación. Era necesario simplemente que su caballo tuviese jarretes de acero y músculos de hierro para tirar y tirar siempre de un barco de grandes dimensiones, y esto sin descanso, desde la mañana á la noche. Inseparable compañero del pobre cuadrúpedo, cuyas fatigas compartía, Federico aprendió con un áspero aprendizaje, que el batelero del canal, para su estreno, en vez de placeres, era gratificado con desolladuras en el trasero, y numerosas callosidades, grietas é hinchazones en las manos. Pero estas pruebas del oficio no fueron de larga duración. Al poco tiempo, la salud del joven fué mas robusta que nunca. Además, los bateleros, poco ceremoniosos, por su posición y carácter, no le escaseaban los puntapiés de la amistad, y se le lanzaban de unos en otros, como hubieran hecho con un gato ú otro animal manejable, y prorumpían en estrepitosas carcajadas, mientras se entregaban á aquel alegre pasatiempo, porque observaban que el pequeño camarada nunca dejaba de caer de pie sin hacerse el menor daño. No hay necesidad de decir que aquellos bateleros no podían pasarse ya sin aquel diestro acróbata.

El cocinero negro, gordo, y mozo despierto, que se jactaba especialmente de hacer excelentes galletas, y cantar mejor que nadie los cantos de la Iglesia, no se contentaba con separarle algunos restos ó pedazos de dulces pasteles; dedicaba además asiduos cuidados á su educación religiosa y moral; y como Federico ignoraba todo, sus descuidos y equivocaciones daban mucho que reír á los bateleros.

Mas la vida aventurera del pobre Federico no le habia cambiado el fondo del corazón; siempre era el mismo honrado muchacho, que jamás habia manchado su boca con un juramento ó una blasfemia, y eso era tanto mas meritorio cuando que los malos ejemplos se ostentaban en número infinito á su alrededor. No era menos ejemplar su conducta respecto á los licores espirituosos; durante mucho tiempo fueron en vano las tentativas dirigidas á su temperancia; y cuando le decían, traga esta gotita, ó masca este filipino para que seas hombre, el niño recordaba siempre los prudentes consejos de su madre, y permanecía fiel á las promesas que la habia hecho.

Sobre todo, al hacer travesías monótonas y tristes á lo largo de bosques de una inmensurable estension, era cuando recordaba los momentos de inefable tranquilidad pasados en una humilde mansion, que el amor de su madre habia sabido convertir en un paraíso; y este recuerdo del hogar doméstico ejercía sobre él un influjo saludable.

Allí tenia su madre costumbre de sentarse; en aquel rincón estaba colocado su lecho; en esa habitación habia dado su hermana sus primeros pasos; ante aquel crucifijo recitaba por mañana y noche sus oraciones. Todas esas circunstancias le recordaban sus santas resoluciones, y le volvían á bañar en las saludables aguas de los pensamientos espirituales.

Mas hoy ¡cuán orgulloso y triunfante parece! es que vuelve de muy lejos, en aquel momento, con una conciencia tranquila y el bolsillo bien provisto, y habiendo podido obtener una licencia de algunos dias, corre al punto á la casa de su madre.

¡Pobre Federico! ¡qué triste noticia te espera! La pequeña hada que con sus travesuras alegraba el hogar doméstico, le ha abandonado para siempre; ¡Jenny no está ya allí!... En vano escucha con una febril ansiedad, como si el rumor de ligeros pasos fuese á volverle á presencia de un ser querido; mas cesó bien pronto á esperar, aunque no puede convencerse de la realidad de tan terrible golpe. Porque el yerto cuerpo de la niña pertenece ya á la tierra. En un cruel dolor, se hace repetir muchas veces la triste noticia que le traspasa el corazón; mas al fin, la duda no puede quedar: arrójase al cuello de su madre, quien mas pálida, mas enferma y mas triste que nunca le oprime con fuerza entre sus brazos.

Formémonos siquiera alguna idea del estado moral de una madre que acaba de perder á su hija!... Mistress Sandford, por ejemplo, es pobre; trabajará hasta acabar con su vida; la niña que la ha dejado debía ser una carga muy pesada para aquella humilde trabajadora.—Vecinos compasivos la dicen que vale mas para la pobre muger haberla perdido tan temprano, y que es una felicidad tambien para la niña. ¡Ay! acaso esa niña era la gota de rocío que humedecía el sendero de la triste y desolada vida de su madre!... porque aquella misma niña, con sus ojos de una angelical dulzura, con sus variadas inflexiones de voz cariñosas, tiernas, melodiosas como el gorjeo de un pajarillo, con su veloz charla, interrumpida de vez en cuando por las travesuras de un diablillo ó las caricias de un corazón amante, habia transformado una soledad agreste y salvaje en un risueño Eden, y todos los dias, en el secreto de su felicidad, trasportada de júbilo la madre, estrechando á su hija contra su corazón, se habia llamado la mas feliz de las mugeres.

¡Pobre madre!... No obstante, ¡cuánta alegría sentía hoy, en medio de su pena, encontrándose reunida á su joven hijo! En las expansiones de su dolor comun era donde encontraban algun consuelo. ¡Cuántas horas se pasaron trayendo á su imaginación los recuerdos que el ángel querido habia dejado tras sí al emprender su vuelo desde aquella triste mansion! ¡Cuántas veces regaron con sus lágrimas el sombrerito de paja, que jamás habia permanecido dos minutos colocado tranquilamente sobre la rizada cabecita de aquel símbolo vivo del movimiento continuo!

El hijo y la madre veneraban como religiosos los caprichosos é informes dibujos que sus deditos habian trazado en las paredes ó en las puertas, y mirando los restos de los diversos objetos que en sus ruidosos juegos habia roto ó mutilado, se ayudaban mutuamente á componer la sencilla leyenda de los primeros pasos de la infancia.

Mas la grata satisfacción de aquellas conversaciones no bastaba á volver á la pobre madre las fuerzas que la miseria y los disgustos le habian hecho perder: iba desmejorándose visiblemente. La piadosa y querida alma habia opuesto al mal el ánimo de una cristiana; mas al fin el mal fué mas fuerte y la fué preciso meterse en la cama para no levantarse mas. Durante esta prueba suprema, Federico, se mostró el mas asiduo, el mas previsor, el mas



vigilante de los enfermeros: no abandonó la cabecera del lecho de la que amaba mas que á sí mismo. Los vecinos tampoco escasearon ni sus cuidados ni sus bolsas; así que se pusieron perfectamente de acuerdo para dar al niño el alimento que necesitaba, y á la madre los medicamentos que estaban prescritos por el médico del lugar; pero ¡cosa extraña! aquellos medicamentos proclamados como infalibles en la etiqueta que los envolvía, no produjeron ninguna mejoría en el estado de la enferma; sus fuerzas fueron cada vez decayendo mas.

Al fin, una apacible mañana de otoño, habiendo tomado Federico entre sus manos la de la pobre moribunda, se estremeció al sentirla húmeda y helada; sobrecogido de terror, levantó la cabeza, presa de una inesplicable angustia, y fijas sus miradas en el rostro de su madre no solo frio ya, sino descompuesto con una palidez espantosa. Sin embargo, su semblante, era á la vez bondadoso y tranquilo como el de un niño dormido. Se lanza sobre el lecho, é imprime cariñosos besos en aquellos lábios; su expansion no halla respuesta.—Entonces comprendió que el corazón de su madre no latía... ¡que su alma había volado hácia Dios!...

## II.

Algunos meses despues de los sucesos que acabamos de referir, paseábase Federico negligentemente por las calles de Cincinnati.

Despues de la muerte de su madre, había vuelto á ocupar su puesto en el barco del canal; pero en aquel momento, hombres y caballos descansaban, para volver á comenzar su trabajo al volver la primavera. Habíase dicho á Federico se dirigiese á otra parte mientras tanto, porque cada uno tenia sus negocios. Por lo demas, como sabemos que es inteligente, creemos que sabrá ingeniarle bien, y estamos tranquilos por su suerte. Sin embargo, no tenia por toda fortuna, aquel día, mas que media docena de dólares y la libertad, y era un día triste del mes de diciembre, frio, húmedo y sombrío. La atmósfera estaba impregnada de los vapores sutiles que se deslizan bajo nuestros vestidos y en nuestro calzado, y nos causan los mas agudos dolores, despues de haber causado primero sus estragos sobre las partes de nuestro cuerpo mas expuestas á su maligna influencia, tales como la nariz, los pies y las manos, y se

necesita lo menos para reponerse, el fuego bienhechor y las alegres y gratas conversaciones del hogar doméstico. Pero el pobre Federico no tenia ni lo uno ni lo otro de esos necesarios confortantes.

Aproximábase Navidad; y todas las tiendas de los confiteros habían tomado un aspecto de fiesta; aquí se veían pirámides de azúcar-piedra resplandecientes por los destellos que despedían; allí encantaban la vista grupos de tortas, dulces escarchados, flores de dulce, que imitaban á la naturaleza hasta el punto de engañarse. Alrededor de aquellas bonitas tiendas se apiñaban una multitud de muchachos y muchachas, dirigiendo á todos lados miradas de admiración, hablando con una locuacidad inagotable, mientras los padres y madres discutían gravemente acerca del mérito de las trompetas de hojadelata, de las muñecas y muñecos, de los azadones y rastrillos, carricoches y locomotoras.

En medio de aquel movimiento y aquella barahunda, de aquellos gritos de placer y contento, dados por los niños, nuestro pequeño héroe era el único que estaba triste; él era el único que se veía aislado; pero ese contraste penoso no tenia poder para triunfar de la firmeza de su alma. Extraño á la general alegría, resolvió ocuparse de sus negocios personales. Llamó primero á la puerta mas próxima al sitio en que se encontraba; despues, como le respondiesen á su petición de ser empleado en la casa, que no se podia dar colocacion ni ocupar á nadie cualquiera que fuese, continuó llamando á otras muchas puertas, sin obtener mejor resultado. Cansado de tantas negativas sucesivas, quiso Federico intentar otro medio; se dirigió á las tiendas donde estaban mas afanados, teniendo esperanza de que podría serles útil una persona que les ayudase; pero no fué mas feliz en estos ofrecimientos que en los anteriores.

En una le dijeron con aspereza que hubieran podido ocuparle si fuese mayor;—en otra le preguntaron si entendía de teneduría de libros;—en otra, donde eran mas caritativos, le dirigieron al mercader de la esquina, el cual buscaba un muchacho para que le sirviera; mas cuando se presentó allá, el comerciante se acababa de arreglar con un joven, hacia muy pocas horas.

(Se concluirá).

EL CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS ARTISTICOS.



### APOTEOSIS DE AGUSTO.

Entre los objetos raros y preciosos que encierra el tesoro de la Santa Capilla en París, se notaba la piedra mayor de agata onix que se ha conocido. Labrada, recortada, tenia un pie de longitud, sobre diez pulgadas de ancho. Nume-

rosas figuras talladas en relieve ocupan su superficie. Los emperadores griegos que poseyeron este magnífico tesoro antes de ser traído á Francia, sin que se sepa ni en qué época ni por qué motivo, habían creído ver por uno de esos motivos que la cándida credulidad de las primeras edades ha hecho tan comunes, un asunto tomado de la Historia Sagrada. Habían adivinado que el grabado representaba el triunfo de José en Egipto en el palacio de Fa-



raon; y para añadir algo al carácter religioso que atribuían á aquella piedra, habían hecho poner en esmalte las figuras de los cuatro evangelistas á los cuatro costados de un cuadro en el que habían engastado la ágata. Fué aceptada esta interpretación en Francia sin exámen. Habiendo venido al poder de Carlos V, se montó la piedra sobre una especie de zócalo incrustado de reliquias, y regalado en seguida por aquel rey á la Santa Capilla, según consta de esta inscripción: *Este camafeo fué destinado á la Santa Capilla del palacio por Carlos V de este nombre, rey de Francia, que fué hijo del rey Juan, el año de mil trescientos setenta y nueve*. Consagrado así el camafeo, tomó lugar entre las numerosas reliquias de la Santa Capilla. Los registros del palacio cuentan que fué llevada en 30 de mayo de 1484, en una procesion que se verificó para la consagracion de Carlos VIII, siendo espuesta con grande solemnidad á la veneracion de los fieles hasta 1619, época en que monsieur de Peiresc, consejero en el parlamento de Provenza, y muy erudito en arqueología, lo sometió á un profundo exámen, y descubrió que, lejos de representar un objeto religioso, contenía al contrario una escena enteramente profana, la apoteosis del emperador Augusto. Lanzado al mundo sabio este parecer, produjo una grande sensacion. Inmediatamente el camafeo de la Santa Capilla fué un objeto de estudio y de disputas, que produjo diversos sistemas. Se reconoció unanimemente que el asunto, enteramente extraño á la Historia Sagrada, era todo romano: se convino igualmente que era la representacion de una apoteosis; empero no se estuvo de acuerdo sobre el personaje deificado.

Los relieves se hallan divididos en tres grupos colocados los unos sobre los otros. El que ocupa la parte alta, y que representa la recepcion del nuevo dios en el cielo, está compuesto de cinco figuras: el del medio de nueve; y el de abajo de diez. Salvo algunas contradicciones sobre puntos de detalle, quedaron bastante conformes las opiniones en cuanto á la interpretacion de los dos grupos inferiores: creyóse que el de abajo representaba los bárbaros cautivos, y el del medio la reunion de los principales miembros de la familia del emperador Tiberio: empero no se convinieron sobre la manera con que debia entenderse el grupo superior. Sin esponer los diversos sistemas nos bastará decir, para hacer conocer la confusion de opiniones y de ideas, que el mismo personaje hubiera representado según unos á Augusto, según otros á Júpiter, y según otros á Venus. Pretendia un arqueólogo que la apoteosis era de Augusto, otro que era la de Germánico, y el mundo inteligente se hallaba dividido. La cuestion se prolongó largo tiempo, justificando hasta cierto punto la primera interpretacion de los emperadores griegos, que bien habian podido ver á José, donde los eruditos veían á Augusto, á Júpiter, ó á Venus. Hoy los votos mas numerosos y mas imponentes, parecen haber consagrado como mas fundada la opinion de que, la piedra fué trabajada en el reinado de Tiberio en memoria de la apoteosis de Augusto. El grupo superior representa, pues, la recepcion hecha á aquel emperador á su llegada al Olimpo, por los principales miembros de su familia, ya difuntos. El grupo intermedio representaria las imágenes de sus parientes vivos; á los que se habia añadido, detrás del trono ó silla del emperador Tiberio, el senador Numerio Atico, que juró haber

visto á Augusto arrebatado á los cielos: este personaje tiene los ojos fijos sobre el grupo superior, cual si estuviese asombrado por su vision. Por último, el grupo de abajo, en donde están figurados los representantes encadenados de diversas naciones, ofreceria las señales simbólicas que se hallan en los monumentos romanos de la vasta dominacion de Roma. Esta interpretacion es bastante satisfactoria; y sin embargo, si es buena la demostracion faltan todavía pruebas absolutas, y le faltarán probablemente siempre, porque como dice juiciosamente Montfaucon: «Las semejanzas de los retratos, no siendo de entera exactitud, cada cual es libre de establecer sobre ellos un sistema particular.» No se hallan, en efecto, sobre las medallas, figuras idénticas parecidas á las de los relieves.

Ademas, el trabajo del artista, cualquiera que sea la escena que se haya propuesto representar, ha sido siempre un objeto de admiracion general. La disposicion, dice uno de los historiadores de esta famosa piedra, las cabezas, las figuras, la historia toda entera, son de gran gusto y perfectamente ejecutadas. Hay partes de ella llenas de correccion y de nobleza; soberbio aire en las cabezas; estas dispuestas y peinadas con un arte y una propiedad inimitables. La cabeza de la figura ecuestre, no puede ser mas perfecta, ni mas noble ni mas altiva la del caballo: los maestros del arte se asombran en los grupos de cautivos: los unos tienen las manos atadas á la espalda; los otros la cabeza ó encadenada, ó apoyada en sus manos, llevando los escudos y trofeos sobre sus armas: el uno se lamenta con tanto dolor, el otro abraza su hijo con tanta ternura, sus actitudes y expresion son tan escelentes en dolor y abatimiento, sus acciones tan tristes y tan sencillas, que no es posible ver nada mas verdadero. Nótase, sin embargo, alguna sequedad en algunas figuras, y que otras no están bastante concluidas; pero esto proviene de la gran dificultad que hay en tallar el ágata, y tal vez tambien de que esta obra ha sido trabajada por muchas manos. Milagro del arte, según el mismo historiador, este trozo es tambien en cierto modo un milagro de la naturaleza, porque es la mas grande y bella ágata onix que se ha conocido. Este camafeo tan raro, es notable en que los diversos colores con que está pintado, no forman manchas, sino que se suceden los unos á los otros en capas regulares. Presenta tres colores: en la parte superior hay una capa un poco espesa de un tinte oscuro y ferruginoso: viene en seguida una capa perfectamente blanca en la que estan talladas las figuras: el fondo es una capa negra que hace resaltar admirablemente los grupos colocados sobre ella. Estos accidentes de color son cuando se sabe sacar partido de ellos, como lo ha hecho el autor de la apoteosis de Augusto, circunstancias favorables, porque añaden vigor y limpieza al trabajo.

Despojada de su carácter religioso la ágata onix no presenta sino una rareza, cuyo sitio estaba señalado en otra parte, y no en el tesoro de la Santa Capilla. Quitóse, pues, de su zócalo y de su cuadro, é hicieron desaparecer de él las figuras de los evangelistas que habian añadido los artistas griegos, y se colocó entre los monumentos de la antigüedad como la obra maestra del arte mas acabada de los romanos, tan diestros en el trabajo y tallado de las piedras finas. Hoy se la admira todavía en la galería de antigüedades de la Biblioteca Real. Todo el cuadro está en el estado



de la mas perfecta conservacion. Una fractura que habia tenido en un incendio verificado en el palacio en 1618, se ha reparado hábil y felizmente: solo una cabeza del grupo inferior ha padecido alguna alteracion. Habiendo

un ladron en 1810 logrado apoderarse de aquel tesoro, se logró rescatarle sin que hubiese sufrido el menor detrimento.

RAFAEL ALVAREZ.



Apotheosis de Augusto.

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### EL CISNE BLANCO Y EL CISNE NEGRO.

Si el águila es el rey de los aires, el cisne es el rey de las aguas; y le pertenece su imperio como el mas noble, el mas gracioso, y el mas valiente de los pájaros acuáticos. Y sin embargo, su nombre genérico, su nombre de

familia, es de los mas vulgares; porque por mucho que cueste, bien que se dude el calificar una cosa tan hermosa con un nombre mal sonante, ello es que entre los gansos es donde se coloca al cisne. Además, el descrédito popular arrojado sobre las bellas formas, sobre el paso del ganso, proviene de que no se le juzga generalmente sino despues de haberle considerado en tierra, fuera de su elemento, y en actitud que le es enteramente desavo-